

24 de octubre de 2010

FISURAS E INCOMODIDAD. SOBRE ELLA, DE DANIEL GUEBEL

Por Mariana Skiadaressis



Leyendo la contratapa del libro, donde se mencionan la traición, los celos y la vida de country, *Ella* pareciera ser una *rara avis* dentro de la obra de Daniel Guebel. Un lector poco atento puede considerar que los primeros capítulos están llenos de lugares comunes, pero en realidad la narración está construida con una finísima ironía que va minando aquello que describe: el mundo idílico del barrio cerrado.

Avanzando en la lectura, la sutileza de la prosa inicial comienza a chocar con los brutales prejuicios de clase de los personajes y la armonía, tanto de la trama como de la forma literaria, comienza a alterarse. Allí es donde podemos ver entrar en escena el gesto característico del autor: su preocupación por la forma, por el lenguaje.

El primer enigma que el libro plantea en relación con la forma es el título, un pronombre personal que no designa más que un lugar ocupado por las significaciones +femenino y +singular y que únicamente se actualiza en contexto. El pronombre sin preposición, funciona como sujeto de la acción y allí reside una de las claves del desarrollo del triángulo amoroso que da cuerpo a la novela.

Los dos personajes masculinos, Julián y Matías, tratan de descifrar un significado oculto que pareciera poseer Josefina, pero terminan siendo víctimas de su afán interpretativo, tratando de otorgarle un sentido a una pura forma, a algo que sólo pareciera tener superficie. Esto sucede, por ejemplo, cuando Matías se obsesiona con las imágenes de su mujer tomadas por las cámaras de seguridad que hace instalar en su casa para vigilarla mientras él está en su oficina. A su vez, Julián cree descubrir una verdad en un relato de la mujer de su amigo y luego intenta alcanzar el sentido profundo de ésta en un viaje a Japón, donde termina por mantener relaciones sexuales con una mona. En los extremos de tensión discursiva que componen los conceptos de 'verdad revelada' y 'zoofilia', encontramos el maravilloso humor del autor, quien se posiciona como el compositor de una obra cuyo sentido –al igual que el de la música– reside en la superficie.

El silencio que John Cage lleva a los cuatro minutos y medio como un acto de vanguardia musical, es el mismo que invade los textos de Guebel para hacernos reflexionar acerca de la literatura. En *Ella* encontramos una cantidad de saltos hacia otras texturas de la narración que van dejando fisuras, creando silencios que nos permiten sentir la rispidez del lenguaje, su materialidad. De este modo, se desestabiliza al lector, generándole una incomodidad que lo expulsa de una simple lectura pasiva.